

comparación con los demás ismos de aquella época; el surrealismo era capaz de ofrecer una des-acostumbrada diversidad de formas de expresión individuales, pues la pertenencia a esta corriente artística sólo exigía el reconocimiento de aquella máxima del teórico surrealista Breton, de que la potencia creadora del subconsciente y del inconsciente debe liberarse en actividad artística sin la menor influencia por parte de las barreras conscientes de la lógica» (pág. 690). Entre 1920 y 1930 hace furor la fotografía «live» con contenido social. Esta postura refleja la inflación, el paro, la guerra civil, el odio racial, los progresos y contradicciones de la técnica. Con la llegada al poder de los nazis en Alemania, el núcleo más fecundo de fotografía periodística se traslada a EE. UU., donde en 1936 se funda la revista *Life*.

El fotomontaje se emplea desde mediados del siglo XIX, pero quienes más lo utilizan son los surrealistas para composiciones fantásticas y oníricas. Muchas veces se usa esta técnica en portadas de libros, revistas y carteles.

Después de la II Guerra Mundial también influye la pintura abstracta. Los fotógrafos, admiradores de las composiciones formales, aspiran a lograr esas estilizaciones. Un caso límite de imagen en detalle que da la sensación de abstracción se logra con la microfotografía; otras veces esta sensación se consigue con el juego de luces. Pero la abstracción no es la corriente que mejor se adapta a la fotografía, ya que ésta se relaciona directamente con lo real.

Tarminada la II Guerra Mundial y con el avance de la democratización de la sociedad, aparece la moda como posibilidad de la clase media. Esto ocasiona florecimiento de las revistas de moda y de la fotografía que luce el glamour, en la que se destaca la belleza del rostro y de la figura. De la moda se pasa al retrato glamour y luego a la reproducción glamour de desnudos. Esta es la fotografía que se implanta en los calendarios comerciales que las empresas aún reparten como propaganda.

Se puede concluir que la fotografía, que nace dependiente de la pintu-

ra, la ha liberado de la obligación de registrar la realidad, con lo que apenas se enriquecen como medios expresivos paralelos, complementarios y disímiles.

La obra de Petr Tausk, es una historia inteligente más allá de la fotografía: de las artes visuales modernas; clara y documentada, con una amplia colección de ilustraciones y una panorámica de fotógrafos mundiales reseñados. Es, sin duda, un texto de interesante lectura. Hay que anotar el apéndice a cargo de Josep Maria Casademont, sobre fotografía española (1900-1978) que completa la edición. ■ **MARIA VICTORIA RIZABAL**

PARA UNA MORAL SIN OBLIGACION NI SANCION

ESTA obra de Guyau (1) ha tenido muy poca difusión en nuestro medio. Si bien es casi desconocida la producción intelectual del filósofo francés Jean Marie Guyau (1854-1888), lo es con mayor razón el **Esbozo...**, puesto que desde hace ya mucho tiempo se nos impuso una moral basada en obligaciones que debíamos cumplir indefectiblemente, a riesgo de sufrir las sanciones correspondientes; lógico es, por consiguiente, que permaneciera oculta esta propuesta ética que ataca esos dos pilares fundamentales de nuestra moral tradicional: la obligación y la sanción.

Este ensayo de Guyau se apoya tanto en la filosofía positivista como en el vitalismo (en esto es un precedente interesante de Bergson). La meta es delinear una **moral científica**, he aquí su anclaje en el positivismo: esta filosofía descarta toda explicación metafísica por hipotética y tiene como valor su-

premo de toda investigación la ciencia, entendida ésta como un conocimiento riguroso de los hechos o datos de la experiencia y de las leyes que los rigen. Esta moral nueva trata, en consecuencia, de fundarse sobre los hechos mismos, considerados éstos como los únicos capaces de ofrecer una ley de la realidad de acuerdo con la cual realizar nuestra actividad. Desde esta perspectiva, Guyau se enfrenta con la moral tradicional de la época y sus diversos modos de justificar metafísicamente la obligación. Una de ellas es la postura optimista, según la cual, todo lo que ocurre y hacemos es un bien, ya que forma parte de la obra divina, cuyo fin está determinado de antemano. A ésta, como su negativo, se le presenta la moral pesimista, tan metafísica e hipotética como la anterior, con la diferencia de que pone el acento en los innumerables sufrimientos de toda la vida humana, ante los que no cabe hacer nada.

También es blanco del ataque de Guyau la ética que él llama de la «certidumbre práctica», que es aquella que admite que nos hallamos en posesión de una ley moral, cierta, absoluta, apodictica e imperativa» (0. 44). Esta ética encierra una vertiente materialista (la ley debe cumplir un contenido o valor determinado) y una vertiente formalista (el caso de Kant), en la cual la ley a cumplir no ofrece una materia o contenido prefijado, sino que debe universalizar la máxima de la acción («obra de tal modo que la máxima de tu voluntad pueda ser ley universal» Kant). Ante la ética kantiana, Guyau manifiesta que la universalidad por la universalidad misma es insostenible, que no es posible «querer una acción en vista de una ley, cuando no se funda esta ley sobre el valor práctico y lógico de la acción misma» (p. 48).

Ahora bien, explicitados los errores que fundamentan las morales vigentes de su época, Guyau busca el principio que sustente una nueva moral y elabora este «ensayo para determinar el alcance, la extensión y también los límites de una moral **exclusivamente científica**» (p. 13).

El eje de la moral será para este filósofo, la **vida** misma; encontramos aquí las raíces vitalistas de su

(1) Guyau, J. M. **Esbozo de una moral sin obligación ni sanción**. Ed. Júcar. Madrid, 1978.



pensamiento. La vida es el principio supremo de toda actividad, es potencialidad, fuerza que pide ser ejercitada u obrada, sin tener en cuenta la finalidad sobre la que se vuelca, como piensan los utilitaristas. No existen leyes ajenas a la vida, ella es autónoma, en el sentido de que se da a sí misma sus propias leyes.

El deber, es por lo mismo, una manifestación de ese poder, de esa fuerza vital, y de ningún modo viene impuesto desde fuera. ¿Cómo concibe Guyau la vida? La ve en un doble aspecto, uno consciente y otro inconsciente y es este último, tan olvidado por los filósofos, el verdadero fundamento de la acción. «La vida desconoce las clasificaciones y las divisiones absolutas de los lógicos y de los metafísicos... Estamos abiertos por todas partes, y por todas partes somos invasores e invadidos. Consiste esto en la ley fundamental que la biología nos ha enseñado: la vida no es solamente nutrición, también es producción y fecundidad. Vivir es tanto gastar como adquirir» (p. 177).

Tiene esta «nueva moral científica» características especiales, ya que es la única ciencia que no tiene por objeto ni datos puramente inconscientes ni puramente conscientes, sino que se halla en la frontera de estas dos esferas. Cuando Guyau se refiere a lo inconsciente, entiende por tal los actos reflejos, los instintos, lo que él llama las

percepciones sordas; mientras que dentro de lo consciente considera el razonamiento y la voluntad reflexiva.

Desde esta óptica es imposible hablar de obligación, como también es incorrecto y carente de sentido, aplicar una sanción. Si la vida es potencialidad que pide ser ejecutada, la obligación, el deber, la ley moral, son sólo expresiones de esa fuerza básica. «Puedo, luego debo» es el único imperativo de la vida, causa eficiente de nuestro obrar. A su vez, ¿cómo podemos hablar de sanción (en el doble sentido de recompensa o de castigo) a una acción que no realizamos por falta de potencialidad o que llevamos a cabo porque disponíamos de esa fuerza que impulsaba por verse cristalizada en una obra exterior?

La obligación y la sanción caen, pierden validez desde esta moral vitalista. La tenían, de acuerdo con el pensamiento de Guyau en las morales metafísicas o religiosas, pero no en esta «nueva moral científica»; en aquellas, tanto la obligación como la sanción eran impuestas por principios exteriores al obrar mismo. Esto no significa desembocar en un individualismo cerrado, solipsista, puesto que «la vida más rica es también la que se encuentra más llevada a prodigarse, a sacrificarse en una cierta medida, a partir con los otros. De donde se sigue que el organismo más perfecto es también el más sociable, y que el ideal de la vida individual es la vida en común» (p. 77).

De esto se desprende que para Guyau los valores más sociales son los intelectuales, que se caracterizan por ser los más interiores al individuo y los más comunicativos.

La moral que elabora este filósofo, por su propio principio, no puede dictaminar nada, no tiene decálogo determinado a ser cumplido, sólo puede dirigir al individuo un único mandato: «Desarrolla tu vida en todas direcciones, sé un individuo todo lo rico posible en energía intensiva y extensiva; para esto sé el ser más social y más sociable» (p. 105). Es esta ética una expresión de confianza y de fe en las posibilidades de la vida humana. ■

LILIANA CHECA.

EL ESTADO NUCLEAR, PARADIGMA DE LA SOCIEDAD REPRESIVA

DESDE los comienzos de la polémica nuclear, los oponentes han señalado la extrema idoneidad de esta forma de energía para configurar una sociedad represiva, policiaca, militarista, en consonancia perfecta con las tendencias más preocupantes en la evolución de las sociedades desarrolladas. Robert Jungk, filósofo austriaco experimentado en la crítica del **endurecimiento** implacable de los mecanismos sociales y políticos en los países «post-industriales», recoge muy oportunamente los reflejos más sintomáticos de esta evolución, tomando los ejemplos de la contestación antinuclear en Europa Occidental y los Estados Unidos como «modelos» del desviacionismo dictatorial de las llamadas democracias occidentales.

En el fondo, y en el vértice del poder, está el Estado, imparable, inobjetable, avasallador. «Los enemigos del Estado han de ser extirpados», señalan las democracias más civilizadas y ejercitadas. Las libertades públicas, **constitucionales e inalienables**, se recortan día a día, a través de mil mecanismos de «autodefensa institucional» y de «garantía» de la seguridad ciudadana o la paz pública...

La industria nuclear, esencialmente peligrosa por lo que supone para las poblaciones en caso de accidente y de neto carácter estratégico por ser la vía más directa hacia el armamento atómico, sugiere frente a los poderes públicos toda una constelación de medidas, normas y salvaguardias que, en definitiva, acaban limitando o negando libertades y derechos jurídica y oficialmente reconocidos. Jungk se detiene, especialmente, a señalar la ironía de las libertades sindicales o